

¿Tiene usted ya
el lujoso

Almanaque

de

La Novela Semanal
Cinematográfica

con el que se regala
un estupendo

ALBUM

(cubiertas de cartón y papel tela)

para coleccionar las
postales del año 1924?

¡ÉXITO MUY JUSTIFICADO!

SE VENDE EN TODA
ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

E. VERDAGUER MORERA.-TARRAS.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 140

25 cts.



LABIOS
ROJOS

POR
VIOLA DANA
FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 140

LABIOS ROJOS

Comedia de Rita Weiman

interpretada por

VIOLA DANA y TOM MOORE

Superproducción LOEW - METRO

Selección «*Gallo de Oro*» del
Programa *Vilaseca y Ledesma S. A.*

Via Layetana, 53, Pral. - Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
THEODORE ROBERTS



LABIOS ROJOS

Argumento de la película de dicho título

Es necesario colocarse con la imaginación entre dos trincheras enemigas, oír el estampido de los obuses, el silbido de las balas, la explosión de las minas (y añádase lo que falte), para comprender la situación de una jovencita americana entre su padre, escocés, y su madre, irlandesa.

A los quince años de su vida, Nora Mac Pherson tiene más experiencia de las batallas que cualquier veterano de la Gran Guerra.

¡Hay que ver a los cónyuges dar rienda suelta a su antagonismo político!

Nora se pasa el día—pues las escenas bélicas son intermitentes—pegando a los ojos de sus padres unos carteles en los que aparecen un consejo y una súplica. ¡HAYA PAZ!—aquél—¡POR FAVOR, HAYA PAZ!—ésta.

Pero con los carteles o sin ellos no hay paz.

El hombre, salado como el bacalao de su tierra, le da un concierto a su costilla en mitad de la disputa y hácele marcar unos puntos a su hija.

—¡La gaita! ¡Siempre la gaita!... ¡Si te dieras cuenta de lo aburrida que es la música de tu tierra, no harías bailar a la chiquilla al

son de ella!—protesta la mujer por los fueros de Irlanda.

Y, a su vez, toca en el arpa algo de su tierra.

—¡Calla con ese funeral!... ¡Ahora verás lo que se baila en Escocia!—clama el marido.

Y vuelve a sonar la gaita y baila que es un primor Nora.

La esposa, fuera de quicio, abre una ventana que da a la calle, se asoma a ella y llama a un organillero que toca su música ramploña en la vía pública.

—¡Un dólar para usted si toca una pieza irlandesa!—le promete.

El marido la oye y deja de soplar en el instrumento para objetarle:

—¡Tú te has vuelto loca, mujer! ¡A quién se le ocurre pagar un dólar por esa música ratonera!

El organillero se cansa de tocar y el dólar no aparece, porque el escocés ha cerrado la ventana y vigila a su compañera, quien le grita:

—¡Usurero! ¡Más que usurero!... ¡Te morirás y te llevarás tus ahorros a la sepultura! ¡Qué hombre, Jesús, qué hombre!... ¡Hacerme quedar mal por una porquería!

—Cuando me muera os alegraréis de que yo haya sido escocés, porque ningún hijo de Irlanda ha llevado jamás un centavo a la Caja de Ahorros.

La evocación de la Pálida y el símbolo de la economía doméstica, producen gran efecto en el ánimo de la irlandesa y de Nora.

—Usted vivirá mucho, papaito, y seguirá martirizándonos los oídos con la música de los suyos—dícele la muchacha cariñosamente al escocés.

La esposa, olvidando sus rencillas, se reconcilia con su marido, fijos sus pensamientos en el porvenir de Nora, para la brillantez del cual es indispensable una buena alianza matrimonial.



La esposa, olvidando sus rencillas, se reconcilia con su marido...

Y... hasta la próxima batalla.

Pero la profecía de Nora no se cumplió. Tres años después estaba completamente huérfana y su juventud se mustiaba en el consultorio de un dentista de moda, en el que estaba empleada en calidad de secretaria.

Alberto Patterson, contento de su profesión de "hijo de familia", tiene un gran interés en conservar en perfecto estado su dentadura, porque es el niño mimado de todas las alegres muchachas del Broadway neoyorquino.

Alberto está encantado de los delicados servicios de Nora, y con mucho gusto se pasaría la vida sentado en el sillón médico para tener cerca de sí a la gentil secretaria del dentista.

Al tomarle el doctor por su cuenta, el cliente se lamenta de la *rapidez* con que le ha sido restaurada la dentadura.

—Esto marcha, amigo mío. Y lo siento, porque así voy a perder de vista a su linda ayudanta.

—Se enamora usted con mucha facilidad, y por si no se lo ha dicho aún personalmente a ella, voy a enterar a la señorita Nora de que le es a usted extraordinariamente agradable.

—No se moleste, doctor... El señor Patterson es muy festivo y se ve que le gusta burlarse de las mujeres. Pero ¡a mí no!, ¿sabe?

—Adiós, doctor. ¿Tiene usted la nota?

—Mi secretaria se la dará ahí fuera. Adiós.

—¿Conque es usted la encargada del cobro?

—Si pagan, sí...

—¡Chistosa!

—Son...

—Ponga en la factura lo que sea.

—¿Desea abonarla ahora?

—¿Sabe usted que esa sortija de brillantes me intriga? ¡Vaya regalo de rumbo!

—¿Usted qué se ha figurado, señor? ¡Mis únicos ingresos son el sueldo que gano en este despacho!

—No lo dije por nada... No se enfade usted conmigo.

—Aquí está su factura, señor.

—Haga el favor de mandármela al cobro mañana. Si va usted personalmente a mi casa, seré capaz... ¡hasta de pagarla!

—No se haga ilusiones...

—¡Qué lástima! En fin, mi nombre ya lo sabe usted... Alberto Patterson, admirador de sus labios rojos y de sus ojos de gacela.

—(Gracias a Dios que se marcha. ¡Qué pegadizo! ¡Qué informal me parece! Sin embargo, simpático lo es...)

En el fondo, Patterson es un admirador de la naturaleza. Por eso va todos los días al "Jardín de Verano", donde, en pleno Broadway, se exhiben bellezas completamente naturales.

"Jimmie", el perro amigo inseparable de Alberto, participa de las aficiones de su amo y señor. Las formas al descubierto son su flaco.

El profesor de baile rabia cumpliendo su misión. No es que las artistas sean terecas, sino que tiene la boca que le arde.

Alberto, a quien algunas bailarinas le guían sus respectivos y maliciosos oculares, advierte la desesperación del director coreográfico, y al terminar el ensayo se apresura a decirle:

—¿Le duelen las muelas, Franklyn?... Co-

nozco al hombre que usted necesita: es de los que trabajan bien, sin prisa más que para presentar la cuenta.

—Con tal de que me cure... Deme usted las señas de ese tío. Voy a ir en seguida, porque esto no es vivir.

—Esta es su tarjeta. ¡Ah! Oiga. Mientras esté allí, échele una miradita a la secretaria... Es la única mujer que hay en aquella casa, pero vale por ciento... y acaso por ciento cinco.

Aléjase de prisa el danzarín del teatro, y entonces las amiguitas de Alberto le rodean, le echan los brazos al cuello y por poco lo estrangulan de pasión. Mas hay una artista que acapara las conquistas.

—¡Fuera las manos! ¡Albertito es de mi exclusiva propiedad!

Alberto deja hacer... y su perro se consume de envidia.

¡Cómo está la sociedad de hoy!

* * *

En casa del dentista, Javier Franklyn, director del "Jardín de Verano", piensa si no será más sensato ahorrarse que soportar un dolor de muelas.

Nora le recibe con toda clase de atenciones.

—Siéntese, haga el favor. En seguida pasará usted al gabinete del doctor. Duele, ¿verdad?

—¡Que si duele! Daría cien duros en el acto a quien me hiciera desaparecer este rabiarse insoportable. Oiga, ¿me harán mucho daño?

—Tranquilícese... Será cuestión de un ¡ay! o dos...

—¿Seguidos?

—Casi simultáneos.

—Habrá extracción, ¿no?

—Es lo más probable.

—Sí, ya, ya...; eso es lo que me tiene más preocupado. Como es la primera vez...

—No se alarme. Es muy sencillo. Le rascan un poquito, le separan la encía, le mátan el nervio, y después...

—Me matan a mí.

—Para estos casos, tenemos una camilla.

—¡Ah!, ¿sí?

—Es una broma. Aquí no *asesinamos* a nadie.

—¿Usted tampoco?

—¿Yo?...

—Con lo bonita y graciosa que es usted...

—Si es que me devuelve usted la broma...

—He hablado en serio. Dígame: ¿sabe usted bailar?

—Sí, señor, ¡ya lo creo!... ¡Si hasta me figuro que nací bailando!

—¿Su mamá la dió a luz en un barco, por un si acaso?

—No tal. Mis padres eran unos terribles melómanos.

—Es usted demasiado bonita para pudrirse en esta cámara de tortura. Tome mi tarjeta. Enseñándosela al conserje podrá pasar al escenario.

—Pero ¿es usted el director del "Jardín de Verano"?

—El mismo, señorita, y profesor de coreografía.

—Ya me pareció a mí que era usted bailarín.

—Debió confundir el nerviosismo producido por mi dolor con los puntos de una danza, porque mi cara no expresa actualmente nada.

—Y ¿por qué quiere que vaya al "Jardín de Verano"?

—Asista usted a un ensayo, y si le parece que no hará mal papel allí, puede quedarse... Son treinta y cinco dólares a la semana. Es un sueldo regularcito para una huérfana como usted. ¿Irá?

Aquí, el doctor aparece e invita a pasar a su gabinete al nuevo cliente.

Nora no ha contestado a la pregunta del coreógrafo, y como no le ve al salir de la visita, pues estaba en aquel momento en el teléfono, en llegando a su casa medita profundamente sobre el caso.

—Aconséjame tú, anillo querido... ¿Qué debo hacer: seguir viendo muelas agujereadas por y diez y ocho dólares a la semana, o bailar por treinta y cinco dólares?—pídele al recuerdo de su madre que ostenta en un dedo, cual si lo hiciera a la propia difunta.

El resultado de su reflexión se compendia en la siguiente frase:

—No sé si es la fama o el dinero... pero el "Jardín de Verano" me atrae...

En este momento alguien llama a la puerta de su piso.

—Adelante...

Es la nueva vecina de enfrente, una joven de su edad. Guapa no, pero sí muy simpática. Su rostro dice lo buena que es.

—Perdone que la moleste... pero acabamos de entrar en casa mi hermano y yo y nos hemos olvidado de comprar cerillas... ¿Podría usted darme un par de ellas?

—Coja las que quiera. Precisamente tengo una caja llena.



...medita profundamente sobre el caso.

—Se le cayó esta tarjeta. Disimule que sin querer haya leído el nombre... Por cierto que no es la primera vez que lo veo...

—¡Cómo! ¿Lo conoce usted?... Me ha hecho proposiciones para trabajar en su revista.

—¡Qué casualidad! Yo también he sido con-

tratada en ese espectáculo... Me llamo María Dugan, pero allí me hago llamar María du Ganne.

—¿Es pesado el trabajo?

—No mucho. Lo esencial, ¡qué se le va a hacer!, es saber enseñar las piernas. ¿Está usted bien de eso?

—Yo creo que no me falta nada...

—Pues entonces, usted servirá.

—¿No hay ningún atrevido que mire más de la cuenta?

—Esos no faltan en la platea del teatro ni en el escenario. Esa es la experiencia que he adquirido durante los ensayos. Pero si una misma sabe hacerse respetar...

—Sí, claro; yo no me dejaré tocar las piernas.

—Ríase de lo que se dice vulgarmente acerca de las artistas de variedades. Las hay de todas clases y para todos los gustos. La bondad y la maldad son comunes en todas las esferas.

—Usted salta a la vista que es buena, y yo también lo soy. ¿Quiere usted que seamos buenas amigas?

—Lo mismo iba yo a proponerle. Venga a comer con nosotros, y así festejaremos nuestro conocimiento... He comprado unos trozos de solomillo que quitan el sentido.

—No me haga de rogar. Vamos. Pero permítame antes que vaya a comprar unos pasteles.

—No haga eso. Otro día nos invita usted, y así sucesivamente... Pase, pase...

—¿Ese joven es su hermano? ¿Está herido en la cama?

—Sí, es Jaime, el único familiar que me queda. Le acabo de traer del hospital... Iba guiando el auto de su principal y tuvo un choque. El auto no se hizo mucho daño, pero él fué más desgraciado.

—Tanto gusto, joven, aunque lamento verle a usted por primera vez en tan doloroso estado. ¡A ver si se cura pronto!

—Mucho lo deseo, amable señorita.

—Hoy come con nosotros nuestra agradable vecina, Jaime.

—¡Cuánto siento no poder sentarme a vuestro lado!

Jaime no tiene más de diez y ocho años; pero como es imberbe aparenta unos quince. De corazón sensible, Nora lo hace latir aceleradamente.

—¡Qué encantadora!—murmura el muchacho.

Y la mira encantado...

El día siguiente era un día que Alberto Patterson no olvidaría nunca: ¡se había levantado antes de las dos de la tarde!

Mientras almuerza el "hijo de familia", su padre lo aborda.

—¿Qué te trae por aquí tan de mañana, papá?... Son las doce y media... ¡Casi está amaneciendo!

—Si el Broadway puede pasarse sin ti unos días, quisiera que tuvieses la *amabilidad* de dedicármelos.

—¿Qué ocurre?

—Necesito que me acompañes a Chicago. Estaremos allí un mes...

—Eso es demasiado. *Te concedo* quince días.

—He dicho un mes.

—Hazte cargo, papá, que tengo *ineludibles* compromisos, y que no me es posible ausentarme tanto tiempo.

—Eres un atolondrado.

—¿Qué? ¿Cerramos el trato dando por buenas las dos semanas?

—En Chicago ya hablaremos.

—(Será inútil. Yo no falté a la primera representación de la revista del "Jardín de Verano".)

Llegó, al fin, la noche que Nora esperaba con tanta ansiedad: la de la apertura del "Jardín de Verano", en que iba a debutar en el arte de Terpsícore.

En el cuarto de las coristas, las veteranas se burlan por lo bajo de las novicias, en particular de Nora y su amiga.

—¡Pobrecillas! ¿Qué entenderá de arte ese par de infelices?

—¡Faltan quince minutos!—avisa el tras-punte.

Se apresuran a vestirse las coreográficas, volando faldas y otras prendas para dejar al descubierto unas formas que para sí quisieran algunos *mal educados*.

Nora, azoradísima, susurra a su compañera:

—Supongo que no habrá aquí nadie que

pueda conocernos y darnos un disgusto, ¿verdad?

—Yo no miraré a nadie, para no ver ningún rostro conocido.

—¡A escena, niñas!—gritan a la puerta del camarín.

Y una nube de mujeres vestidas de diablos se arremolina en el escenario, dispuesta a extenderse en aquel cielo artificial en que convergen las miradas de miles de espectadores.

*
* *

Alberto Patterson ha cumplido su palabra: se encuentra entre los “pollos” de las butacas. Su padre no ha tenido más remedio que dejarle regresar de Chicago a Nueva York antes del mes.

Comienza la función.

La acción del primer acto se desarrolla en el infierno, ¡pero qué infierno! La citada nube de diablos quita el hipo.

Dos respetables señores (eso del respeto lo decimos por las canas) se dan maliciosos codazos.

—Con esos diablos se iría usted al reino de Satanás, ¿no?—dice el uno al otro.

Lucifer pregunta a Dante, que resucita en la revista:

—Amado florentino, genial poeta, ¿verdad que este infierno te será familiar?

—¡No! Cuando yo descendí a él, los que lo ocupaban eran inofensivos corderillos comparados con estos truhanes del siglo XX que lo llenan ahora...

Los respetables señores de marras prosiguen sus comentarios.

—¡No se dejaría usted tostar por esa mu-chacha?

—No me diga usted eso, don Cirilo. Estoy que no soy yo...

Para colmo de turbación de los viejos pasados, las diablasas desfilan por el pasillo elevado de la platea.

Alberto tiene la fortuna de ver y reconocer a Nora frente a su butaca.

—¡Me gusta usted hasta la enajenación mental! He venido de lejos sólo por verla debutar—le dice.

Nora se ruboriza y se le hace interminable el desfile. Sin embargo, no puede fácilmente olvidar la sonrisa del galante.

Después de la representación, la amiga de Nora se viste rápidamente de calle, y se marcha la primera, diciéndole a su vecina:

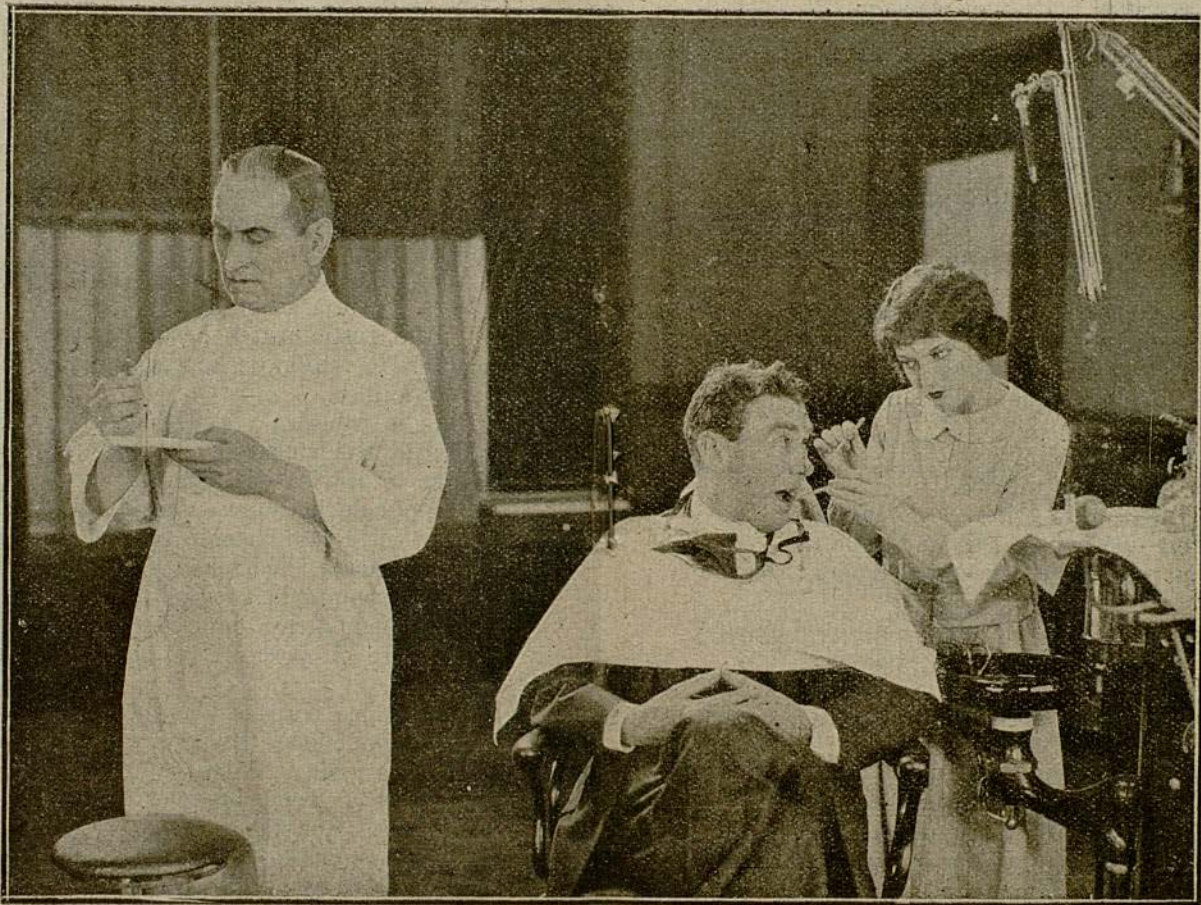
—¡Qué bonita la revista!, ¿verdad?... ¡Me voy corriendo a casa para contárselo a Jaime!

—Dentro de poco iré yo también—contéstale Nora.

Una de las coristas—la que se cree superior en condiciones físicas y artísticas a las demás—ha visto a Alberto piroppear a Nora, y como ésta es bella, los celos la devoran y se complace en molestarla.

—¿De dónde has sacado ese anillo fascinador?—le pregunta con retintín.

—Ya te dije que es un recuerdo de mi madre... Pero no me extraña que no te acuerdes, porque de inteligencia y de memoria debes



...y con mucho gusto se pasaría la vida sentado en el sillón médico para tener cerca de sí a la gentil secretaria del dentista.

de estar a la altura de un grillo...—replica Nora comprendiendo la intención de la orgullosa.

No satisfecha con la justa respuesta de su rival, aquélla la provoca de nuevo al punto de marcharse Nora:

—Parece que se estilan géneros muy bastos esta temporada...

A lo cual sabe corresponder la digna muchacha:

—Yo no soy como tú, Violeta... Yo tengo que comprarme los vestidos con mi sueldo, porque nadie me los regala.

—Y tú sientes que a ti no te los regale nadie, ¿verdad?

—Eres una estúpida.

—Y tú una bobalicona.

—¡¡Silencio!!—gritan las compañeras para evitar que la cosa pase a mayor.

A la puerta del escenario espera Alberto Patterson.

Violeta cree es a ella a quien el joven aguarda, y acercándosele mimosa exclama:

—¡Cuánto me alegro que estés de vuelta, Albertito! ¡Esta noche nos divertiremos por todo lo alto!

—No puedo acompañarte...

—¡No seas malo, Albertito! ¡Ah, ya! ¿Es a esa niña cándida a quien quieres conquistar? Déjate de tonterías y vente con nosotras.

—Voy a saludar antes a esa amiga mía. Después... ya veremos...

Y Alberto se dirige a Nora, que acaba de aparecer en el marco de la puerta de las ar-

tistas, y aunque ella se resiste a escucharle, le prodiga amables frases.

Violeta se indigna.

—Albertito... que te estoy esperando, hijo —le dice desde el corro que forman sus amigas.

Nora, para vengarse de las ofensas de Violeta, se decide a acaparar a Alberto, a cuyo efecto le ruega:

—¿Será usted tan amable que me acompañe a mi casa?

—Encantadísimo, preciosa amiga. Suba a mi auto y ya verá lo que es tragarse kilómetros en plena ciudad.

Violeta, despechada, los ve partir, y para no ser blanco de las indirectas de sus compañeras, finge importarle muy poco la *infidelidad* de Alberto.

No se libra, a pesar de ello, de alguna burla.

—Te han destronado, hijita... Para que te fíes de las moscas muertas.

En camino del hogar de Nora, Alberto propone desviar el coche hacia otro destino.

—¿Qué le parece si fuésemos a cualquier parte a que nos diesen algo de cenar?

—¡De ningún modo!

—Diga usted que sí, monina.

—¡O me lleva usted a mi casa, o me tiro del auto!

—¡Quieta! Suicidios no. ¿Qué haría yo sin usted?

—Sea usted razonable y seremos amigos.

—Eso quiero yo, señorita, que seamos bue-

nos amigos. Pero ¿por qué no acepta mi invitación?

—No deseo ir a ninguna parte. Estoy poco acostumbrada a salir de noche, y me asusto.

—¿Me permitirá usted al menos que mañana por la noche vaya a esperarla al teatro?

—Mañana será otro día...

—¿Y usted?...

—Yo seré siempre la misma.

Por espacio de dos semanas, Nora se dejó pasear por Alberto, pero nada más que pasear: todas sus concesiones terminaban en la puerta de su casa.

Una noche, Alberto, mientras espera a Nora a la salida del teatro, ve a Violeta—a quien él ha descartado por completo—, y para no hacérsele *definitivamente* odioso, le dirige un cumplido:

—¡Qué elegante, Violeta! ¿Vas de estreno?

—De estreno voy, sí. Es un vestido que cuesta caro, como puedes apreciar. Todas no vamos a ser como tus amiguitas, que nacen y se mueren con el mismo vestido.

Alberto recoge la alusión y se la guarda para tratarla con Nora.

Como todas las noches, ésta acepta que Alberto la lleve a su casa en auto.

—¡Compadézcase de mí, Nora! ¿Por qué no entramos en cualquier sitio antes de ir a su retiro?—insiste una vez más el joven.

—Es inútil que siempre me repita lo mismo. Si esto le parece demasiado monótono, enséñeme a guiar y así daremos un paseo.

—Es una buena idea.

En tanto, en su casa, Jaime, el muchacho herido, habla con su hermana de Nora.

—Esta noche no está aquí a la hora de costumbre. Debe de pasear con él, continuamente con él... ¡Y yo la amo, María..., la amo!...

—Calla, Jaime... Nora no es para ti...

—¿Por qué no puede serlo, hermana?

—Eres tan joven...

—Pero la quiero... la quiero...

Después de una hora de enseñanza, Nora sabía teóricamente todo lo que se refiere al manejo de un auto, pero en la práctica su ignorancia era absoluta.

Alberto le murmura dulces frases.

—Nora, la quiero... Es usted la mujer más simpática, más bonita y más buena que he conocido.

—¿Se figura que soy tan tonta que me lo voy a creer?

El auto ha llegado frente a la casa de la gentil muchacha, y se apean de él los dos ocupantes.

Alberto deposita en las manos de Nora un estuche.

—Para usted—le dice.

Ella lo abre y se sorprende ante la riqueza de una pulsera de muy buen gusto. Vacila, pero al fin rechaza el regalo.

—No, Alberto, no puedo aceptarla...

—¿Por qué, Nora? Se la doy de todo corazón.

—No está bien que usted me ofrezca estas cosas...

—Si no admite esto por creerlo de demasiado valor, ¿por qué no me permite al menos que le compre vestidos bonitos?

—¡Se avergüenza usted de ir a mi lado porque voy mal vestida!...

—Yo no miro los vestidos, sino la persona, Nora... Pero... reconozca usted que no vivimos para nosotros solos; vivimos también para los demás...

—No me han agradado sus palabras de hoy, Alberto...

—Perdóneme, Nora... Las dije sin mala intención...

—Buenas noches.

—Adiós, Nora... Hasta mañana.

Sube la modesta muchacha a su hogar, repitiéndose lo que le ha dicho Alberto. Se ha puesto tristonaa...

El conquistador, por su parte, se abraza a su perro "Jimmie", y le dice loco de alegría:

—¡"Jimmie", no aceptó la pulsera!... ¡Es una muchacha decente!

* * *

Con el ánimo de complacer a Alberto, a quien también ella ama, Nora recurre a un medio que estaba a su alcance pero que hasta entonces había respetado: la libreta de la caja de ahorros de sus padres.

Ha consultado el caso con el espejo, y éste le ha aconsejado que no vacile en presentarse ante el amado lo más atractiva posible.

—Sí, yo gastaré ese dinero que papá reunió con tanto sacrificio...—rumorea.

Bajo la influencia de Nora, los pensamientos de Alberto Patterson empezaban a derivar hacia sendas de virtud y de trabajo.

Su padre no puede por menos de asombrarse cuando se entera del cambio que piensa hacer su heredero.

—¿Pero es de verdad que quieres trabajar, o es alguna nueva martingala para sacarme el dinero?

—Me atraen los negocios, papá... los negocios en gran escala... Ser financiero es mi ilusión... Presidir Consejos de Administración, salvar situaciones difíciles con mi talento... Ser un tío, en una palabra.

—Si de veras piensas trabajar, empezará como yo, por abajo, de peón. Es la manera de poder apreciar el esfuerzo de uno mismo. Pero ¿a qué viene esa transformación?

—Estoy enamorado, completamente lelo por una chiquilla, bailarina del montón, con un palmito capaz de rejuvenecer a Moisés, que es decir mucho.

—De modo que...

—Sí, papá. Quiero trabajar por ella... Si vieras sus vestidos te convencerías de lo buena y virtuosa que es.

—Opino que una mujer que consigue hacerse trabajar, por muy corista que sea, es merecedora de una estatua... Trácela aquí esta noche después de la función.

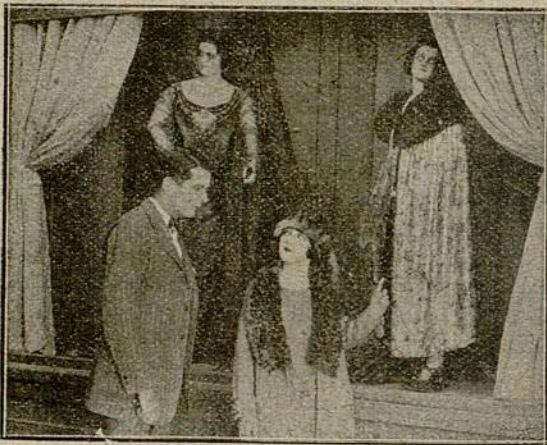
—Ya tienes curiosidad por ver esa maravilla de carne, ¿eh? Pues todo lo que te figuras es poco. No puede haber una mujer más guapísima en todas las Américas.

—O estás chiflado o esa muchacha es la misma Venus.

—Admite las dos cosas.

De su lado, Nora procuraba por su cambio radical exterior.

Después de adquirir una riquísima *toilette*, pregunta a un empleado de la casa de modas el precio de un collar que pende del cuello de un maniquí.



—Debe costar mucho, ¿verdad?

—Debe costar mucho, ¿verdad?

—Al contrario, señorita. Como esas perlas son una imitación tan perfecta de las verdaderas—sólo un buen perito podría reconocerlas—, usted ha creído que eran buenas.

Permitiéndoselo sus recursos, Nora compra

también el imponente collar.

Y llega la noche.

El padre de Alberto sabía desde mucho tiempo atrás que su hijo hacía por las noches su mejor *trabajo*; pero lo que estaba lejos de sospechar era que alguna vez, de noche o de día, llegase a trabajar realmente.

En efecto, aquella noche iniciábase el “hijo de familia” en el penoso empleo de peón en una fábrica.

“Jimmie”, por no ser menos que su amo, también se ocupa.

La aparición de Nora en el camarín de las coristas causa un sorprendente resultado.

La *toilette* que luce hace resaltar su belleza.

Violeta, extrañada, la acomete con su envidia.

—Parece que se estilan géneros muy bastos esta temporada...

Nora dispara.

—¡Ese es el camino para atraer a los hombres, muchacha! ¡No hay nada como hacerles gastar dinero!

Expectación. Revuelo.

—¡Ah!, pues no sabéis la mitad, amiguitas. Voy a contároslo.

María, la amiga de Nora, no puede creer lo que sus ojos ven.

—En cuanto abra la boca tendré el mejor automóvil de Nueva York...—prosigue Nora.

Las coristas, las menos falsas, exclaman:

—¡Oh, qué perlas!

—¡Oh, qué impertinentes de oro!

—¡El vestido es elegantísimo!

—¡Qué bien te está este sombrero!

Y Violeta pide que se la trague la tierra.

Después de la función, Violeta sale a la calle anticipadamente a sus compañeras, para ver a Alberto. Este ha llegado en aquel mismísimo momento, procedente del trabajo, vestido de obrero. Sólo ha tenido tiempo de recoger su auto para no privar del acostumbrado paseo a Nora.

La envidiosa y orgullosa corista le dice con ironía, después de reconocerle, con sin igual estupefacción, debajo de su rara indumentaria:

—La verdad, chico, nunca creí que un joven que presume de elegante como tú, se gastase el dinero en comprar perlas a una pobre muchacha que no sabe apreciarlas.

—¿Que yo he comprado perlas a Nora? Tú sueñas, hija.

—¡Ah, pues si tú no se las compraste, así como la ropa que hoy estrena, otro habrá sido el generoso protector! Lo que te digo es que va deslumbrante. Mírala.

Contrariamente a lo que pensara Nora, Alberto sufre una gran decepción. ¿Qué significa aquello? ¿Se burla aquella chiquilla de él?

Nora se le acerca sin prevención, mas Alberto la recibe con cajas destempladas:

—¿De modo que usted, la niña inocente, la niña cándida, me engañaba como a un chino?

—¿Qué dice usted, Alberto?...

—¡Es usted como las demás! Me voy con Violeta, que será lo que sea, pero al menos no se las echa de virtuosa.

—Pero, Alberto...

—Violeta, espérame en "El Gato Flaco". Esta noche lo vamos a engordar. Voy a cambiarme de ropa y en seguida me reuniré contigo y tus amigos.

Nora no sabe hacia dónde dirigir sus pasos.

Violeta, burlona, le dice:

—Hijita, me parece que si quieres el auto y la casa de campo y el yate que ahí dentro nos has descrito, tendrás que buscarte otro pretendiente.

María, su buena amiga, acompaña a Nora a su casa y la hace entrar a su piso, para complacer un deseo de Jaime.

—No quiero censurarte, pero tú tienes la culpa. No debías de haber aceptado regalos de nadie si le quieres a él—empieza por sermonarle María a Nora.

—¡Pero si nadie me ha regalado nada! Yo gasté el dinero que me dejaron mis padres para agradarle a Alberto.

—¡Oh, Nora, yo también empecé a dudar de ti!

—¡Qué rabia tengo! Si les dije a las compañeras todo lo que les dije fué para darles envidia... ¿Cómo van ahora a reírse de mí!

Jaime interviene afectuosamente.

—Olvidelo todo, Nora... Pronto estaré curado y podré trabajar, y entonces... si usted quiere... una casita y un cariño muy grande no le han de faltar...

—No hablemos de eso, Jaime... Siento en el alma causarle un disgusto... pero es a *él* a

quien pertenece mi corazón... A usted le quiero como a un hermano.

*
**

Después de una noche de insomnio, Nora había encontrado el medio de evitar las burlas de sus compañeras.

Se comprará un auto con el saldo de los ahorros de su padre y la venta del anillo de su



—*Olvidelo todo, Nora... Pronto estaré curado y podré trabajar, y entonces...*

madre, para que Violeta la vea detrás del volante.

—¡Adiós, viejo amigo! Perdóname que te sacrifique a mi vanidad, pero no hay más remedio...—pronuncia tristemente al despedirse del recuerdo materno.

Y se hace con un cochecito barato, de unos cientos de dólares nada más.

—Me lo quedo—dice al empleado de la casa de automóviles—. Lo que sí, a la noche, tendrán que mandármelo al “Jardín de Verano”.

Cansado del estado de nerviosidad en que se encontraba todo el día, Alberto se decidió al fin a descubrir la verdad, costase lo que costase.

Aprovechando que Nora y María están trabajando en el “Jardín de Verano”, el enamorado rico se entrevista con el hermano de la segunda.

—Me he atrevido a venir aquí, a hablar sin que nadie me haya presentado a usted, por un asunto que afecta a mi corazón. ¿Usted conoce a fondo a su vecina Nora?

—¿Es usted acaso Alberto?

—Ese soy yo, sí. ¿Le ha hablado ella de mí?

—Todos los días le nombramos en esta casa, señor. Y como sé lo que motiva su visita de usted aquí, puedo asegurarle que ella compró sus vestidos con su propio dinero, sin otro fin que el de agradarle a usted.

—¿De veras, muchacho?

—Tiene usted que creer en mis palabras, porque se las dice un hombre que la quiere a ella más que a su vida... Pero no es para mí. Hágala usted feliz. Yo la olvidaré trabajando. Creo poder volver a empezar a ganarme la vida dentro de unos días.

—En prueba de mi agradecimiento por sus declaraciones, voy a ayudarle a usted. Mi pa-

dre le dará trabajo. En nuestra casa se asegurará un porvenir...

—Gracias, señor.

—Señor, no; amigo, buen amigo.

Conforme a lo convenido, el empleado que le vendió el automóvil a Nora se lo lleva a la salida del teatro.

Violeta y las demás compañeras se chancean



—¿De veras, muchacho?

de ella al ver el diminuto coche.

—Me parece que lo mejor que puedes hacer es irte a pie a tu casa. Es más lento, pero es más seguro—pitorréase su rival.

—Si la envidia fuera...

No acaba la frase Nora: ha embragado

el auto bruscamente y a duras penas puede circular normalmente por la calle.

Infinidad de chófers protestan contra ella, pues Nora les impide, con las espirales que dibuja el cochecito, adelantar con tranquilidad.

—¡Eh! ¡Esa señora, señorita o lo que sea, no sabe guiar!... ¡Que vaya a la escuela!

Un guardia toma cartas en el asunto.

—Si no sabe conducir un auto, ¿para qué



—Si no sabe conducir un auto, ¿para qué se mete a ello?

se mete a ello?

—Disimule... Estoy un poco nerviosa, ¿sabe?

—Lo mejor que puede usted hacer es lle-

varlo al garage para que le den una limpieza, que buena falta le hace.

—¡Si es nuevecito!

—No se ve su color de tanto barro...

Completamente descorazonada regresa Nora a su casa, pero al pie de la misma la alcanza Alberto, y la reconciliación no se hace esperar.

—Lo sé todo, locuela. ¡Te adoro!

—¿Qué es lo que usted sabe?

—No perdamos el tiempo en explicaciones.

Contesta a esta pregunta mía: ¿Quieres que nos casemos?

—¡Por Dios, Alberto, no te rías de mí!

—Ríete cuanto quieras, pero contesta.

—¡Yo sí!

—Pues ya puedes irte preparando. Ahora vamos a ver a mi padre, que tiene interés en conocerte, y esta misma noche sabrás cuándo emprenderemos el viaje hacia la dicha.

—¿Dónde está eso, Alberto?

—¡En tus labios rojos, chiquilla de mi vida!

FIN

Prohibida la reproducción

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO: La grandiosa producción de las reputadas Selecciones Capitolio

LA PERFECTA COQUETA

Eminente interpretación de los populares artistas COLLEEN MOORE y FRANK MAYO.

Asunto muy original.

Postal-fotografía-regalo: ANA Q. NILSSON

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale los miércoles en toda España.

Precio: 25 céntimos.